



# MARTÍN BRUNO HUYÓ POR LA MONTAÑA

*Juan José Téllez Rubio*

Yo soy el forastero que se detuvo, una noche del año pasado, en la fonda que hay a pie de carretera. Era casona de esquinas romas por causa del tiempo y los últimos síntomas de un bosque la cercaban como un refajo frente a los descampados que amagan calvas de polvareda sobre el valle. Y no es cosa simple que en la incumbencia de la meseta, a dos jornadas al menos de la costa, aquel paradero tuviese por nombre "El pez espada" y uno, disecado, ondease en el cartelón, acompañando a un letrero que anunciaba camas y duchas. Así que aparqué bajo un sombrajo, estiré los miembros, sacudí el calor de la camisola y gané el trecho que mediaba entre el estacionamiento y el porche de la posada. En ella, entré pensando en descansar varias horas y hacer mochila para proseguir viaje.

El caserón era chato y sus tejas se abrían en canal sobre un cajón de adobe, recio y centenario. Dentro, fluía una rebullasca de rifles y uniformes, cananas y viseras, gente enfundada en chalecos y en casacas de rango bien distinto, que amartillaban barriletes de revólver y hasta ví una pistola de arzón. A repelones y a voz recia, acordaban el careo del monte para aprestarse a la busca de un fugitivo que se escurría entre las montañas y al que barruntaban algún crimen de los que dan repeluzno y rascan las tripas. Era una tropa de las que miran de medio lado y encapotan el rostro no más ver a un extraño, pero que comían como sabañones y dejaban en hueso la carne que trotaba en escudillas de barro sobre las mesas de madera oscura y recia. Remilgaron los aspavientos y pusieron cara de juez hasta que dí buenas noches con voz templada, pisé fuerte hasta el mostrador y presenté las credenciales de mi billetera, solicitando acomodo y rancho hasta que el día siguiente barruntase lo contrario.

Los alojamientos daban al fondo, tras aquel zipizape de semblantes gesteros, donde dominaban los hocicudos, el perfil aguileño y la frente calzada que caracteriza a los gañanes de la región. Me recibieron, al fin, con cierta reserva, aunque un alimañero con pinta de chulapón al que mentaban Mal Fario, pretendió que me uniera a la partida. No había hembra ni gañote

seco en la mesnada, aunque si risotadas recias, vivas a un santo y mueras a ese loco Martín Bruno, a quien endilgaban tropelías de rango y de sangre mucha: el crimen de la lobera y el de los niños empalados, el de aquel cazador de alforja que se despeñó por la barranca o la muerte de los cómicos que se hundieron por la espesura.

Mal Fario parecía sobrio. Mal Fario parecía como si nunca hubiera bebido, como si nunca hubiera hecho otra cosa que mirarle a uno desde la hondonada de sus ojos de azabache que se habían incrustado sobre un rostro seco y gris, tal que si sus mejillas escarbasen camino del esqueleto: “Si usted es amigo de la ley, la razón es nuestra -me propuso-. Si a usted le atrae la emoción, no le faltará”.

“Estoy cansado -me disculpé-, vengo de muy lejos, aunque si precisan mi coche, a la puerta lo tienen”.

Hubo deshonrabuenos que murmuraron lo suyo y emparejaron Roma con Santiago o a mí con el prófugo, pero tuve que estar de buena luna porque todo quedó en barruntos y nadie puso mano donde sólo había palabras. Un muchacho pelirrojo de ceño hosco y que medio se las daba de alguacil de la montería, me trincó las llaves del auto, al tiempo que entraron unos guardias con perros que pujaban como niños hambrientos. Afuera ya se aprestaba la tropilla: un picazo de buena lámina junto a un par de tordos arrocinos y abiertos de pecho, que cocebaban a la vera de un alazán duro de boca y junto a un tiro de bayos rebelones, estrelleros y zainos. En las cercanías, camionetas y motos resollaban petróleo y relinchaban a veces cuando el acelerador picaba espuelas. Arrapiezos de mentón soberbio se enhorquetaban sobre las cabalgaduras, a las que gobernaban con varas, ramajos y aún con las culatas de su armamento, a pique de dispararlo en un albur. Un mocetón, cuya cara era su dentadura, hacía trotar a la pierna a un caballo que pareciera hacer remilgos a todo lo que no fuese derribar las caderas y así se acabara el mundo.

Mal Fario era alto y espeso como un pinar, olía a barro y al agua podrida que duerme en las ciénagas; en su mano cabría el rostro de sus enemigos y cuando sacaba voz de su boca diminuta y dentona, cualquiera habría dejado chapuz y familia por obedecerle. Dio la voz de en marcha y cargando con santo y con limosna, se fueron al ojeo por entre aquellos andurriales que se perdían por la parte de la ladera y por la parte de la penumbra. Un rato después, todavía quedaba sobre el paraje el eco de los cascos y una brizna del humo que los tubos de escape dejaban huir en su correría hacia la montaña. A lo lejos, las caballerías se iban a la empinada o se engallaban por las trochas del monte bajo.

Pude quedarme a solas con el ventero y un parroquiano que tuvo que nacer con aquella cordillera de intrincados barrancos y lomas tan peligrosas como los despeñaderos.

-¿Qué es lo que de verdad ha hecho ese al que buscan?

El de la venta era una suerte de palafrenero, más ducho en estribos y albardas que en conversación de gente. Cuanto menos, seguía mudo: “¿Va a quedarse esta noche?”, saltó el paisano con jeta de púgil, ternilla rota y orejas machacadas.

Le dije que sí y no repetí la pregunta, porque cuando tocan silencio, lo mejor es callarse. El tipo caló su gorra, se calzó las orejeras y también se hizo al relente, por una de esas trochas que huelen a precipicio para quien no cuente con la precaución de haberse criado en sus alrededores. Por grado, el ventero entró conmigo, ordenó la comanda y me dijo secamente que se llamaba Jeremías González y que no le diese problemas. Cuando cené, salí al porche y allí volvía a humear su pipa.

-¿A qué es lo que huele?

Su cara vultuosa delataba buena mesa, pero aquellos ojos de búho hablaban antes que su boca y escudriñaban a cualquiera antes de despegar labios y gastar gargantas: "A dama de noche".

"Pensé que eran jazmines", dije en susurro que sonaba a disculpas, mientras oía ladridos, monte arriba: la serranía, de noche, guarda apariencia de una gruta enorme, poblada de lechuzas y de graves riesgos, en un país en el que abundan cuentos cargados de desapariciones y de misterios tan insondables como aquella tiniebla que amenazaba con tragarse, también, las luces mortecinas de la casa en donde encontré cobijo. Mi coche no tuvo que hacer falta, al fin, pues estaba en su sitio, bajo un chamizo y con las llaves puestas. Las eché en el bolsillo de mi cazadora y volví sobre mis pasos, para meterme en el sobre y dormir de un tirón. A eso de las cinco, oí moverse una cancela y un buen número de botas, recias y enlodadas, machacaron los charcos del camino. De madrugada, a la gente, se le pone la voz ronca y las palabras triscan entre la niebla del vaho. Eran de la partida, que habían perdido un rastro, pidieron coñac al ventero y volvieron a irse media hora más tarde. Entonces, sonó un disparo.

Al levantarme, ya el sol podía verse sobre la laguna negra del café humeante. Una joven delgada, de las que ni duermen los ojos ni tropiezan en un garbanzo, me sirvió el desayuno. Afuera, la misma pipa seguía con sus señales de humo, pero Jeremías González no me devolvió el saludo. El monte oía a espliego, a yerbas de raro nombre y a poleo. El final del invierno arroja una luz cansina y noble sobre los campos, en donde empieza a prosperar el color verde, como con cierto cansancio, sin chispa de bulla, pues casi diríase que se nubla con los gemidos de las reses y el cacareo de las gallinas. A lo visto, "*El pez espada*" quedaba a una legua del pueblo -un villorrio llamado La Barca de Florian-, tirando por la trocha y otros vericuetos; pero a varias millas, si uno lo buscaba por el infame firme de una carretera empinada. Estaba a punto de irme cuando volví a escuchar perros. Regresaba la horda, con un muerto a hombros como cobranza; tinto en sangre, como si lo hubiesen machacado a cosa hecha. Pusieron el cadáver a la sombra del pozo y entraron hambrunos y sedientos, a saciar su apetito.

Mal Fario no cabía en el pellejo y pregonaba con los suyos algunos lances de la noche pasada, las piernas de Martín Bruno quebrándose bajo la fusta o la culata; la polvareda que levantaban las monturas al resbalar por la hendidura que rajaba al monte en dos; la sangre nublando los ojos de un forestal que era de la media almendra y la noche con sus trampas clavándose como un enigma en los brazos que guiaban arreos o volantes: "Lo que hace uno cuando busca la muerte -observó- y, carajo, lo que hace uno cuando escapa de ella". Yo me quedé afuera, con el dueño de aquello, contemplando al difunto o a lo que quedaba de él. Le imaginaba sin resuello, peñas arriba hasta donde la nieve cruje cuando la primavera empieza a llegar a las cumbres. El frío le estaría lastimando ya el paladar y, arrecido, probaría a burlar a quienes le hostigaban, dándose por preso de antemano, maliciando que la jauría iba a suponer sus pasos y que un buen número de balas llevaban ya escrito el nombre de Martín Bruno, sin piedad ni juicio, a bocajarro.

Volví a preguntar qué es lo que había hecho. El ventero hizo ademán de responderme, como si su voz quisiera ocultarse entre la maleza: "Está pagado. Puede irse tranquilo", se limitó a decir. Mal Fario volvió a mirarme para trazar los rasgos de mi recuerdo. Soplabla el viento de la costa, que es cálido, seco y poco frecuente. Es el que se trajo y se llevó el aroma de las ideas y un raro pez disecado que ondea sobre el porche, justo bajo el nombre de la posada.

A 210 kilómetros, mediaba entonces mi casa. Fue la que heredé de mi padre, el hurraño tragalibros que abandonó a su familia a cambio de una carísima colección de incunables, por cuyas guardas dio de culo en las goteras. Él gastó a mano

abierta la herencia familiar y lo que fueran galas, botonaduras de marfil, gargantillas y rascamoños dorados, dieron en ediciones príncipe y diamante, o en cartapacios en octavo mayor, libros de fondo, pliegos encuadernados bajo rico forro, sujetos por cantoneras labradas, archivados en kilométricos estantes o hundidos como un puñal entre la piel metálica de las plegaderas y durmiendo sobre el reclinatorio de sus atriles. Adiós filigranas, embustes y colgantes. Adiós, mantillas bordadas, granates de Bohemia y topacios de Hinojosa. Adiós candelabros de plata, jacintos de Ceilán y rubíes espinela. Por un ópalo de fuego, ese raro manuscrito Mathers. Hoy es Dostoyevsky lo que fue venturina, y del zafiro oriental salió un remedo de *“Las estancias de Dzyam”*. Y el vestido plateado, el de lentejuelas, que mamá llevaba a óperas y cotillones, se titula ahora *“Childe Harold’s Pilgrimage”*, en la edición de 1812.

Ya por entonces, me ocupaba yo en asesorar empresas para tapar sus sisas al fisco y otras componendas de peor ralea, pero que el mundo llama negocios. Volví de anochecida al domicilio, sudando a mares y me tendí en un largo baño de espuma, con los zapatos de la brisa haciendo compás contra los postigos de la ventana: “Los sueños, desde luego, imitan a la realidad”, sentenció antes de echarme una de coñac entre pecho y espalda.

Cuando amaneció, me duché de nuevo pero envolví mi canillaje en una toalla para salir afuera y rescatar los diarios que amordazaban ya la rendija del buzón. Ni ese día, ni otros, ni los anteriores, apareció en la prensa una sola palabra que mentara ese sucedido raro del que fui testigo. Recuerdo que pregunté en la oficina por santos y por señas del confin al que me llevé el azar y solo encontré vagas referencias sobre La Barca de Florián, su plaza porticada, su charcutería y un aguardiente grueso que destilaban en alambiques medio clandestinos.

Corín Zumaquero venía a verme a veces, sobre su enorme moto, desde la capital. Cuando no estaba ella, uno porfiaba en su gusto, ya fuera el cinematógrafo con las grandes pinturas de los carteles que se entronizaban sobre la fachada y que retrataban a Gable, a Tyrone Power o a quien quiera que fuese el galán de la película; o bien, los teatros ambulantes que de vez en cuando pasaban por aquella ciudad de segunda y a cuyas actrices de reparto eché ojo y mano cuando pude. Y otras veces, mi antojo rumbeaba en solitario o en la compañía de algún amigote hasta las puertas luminosas de *“El Loro Pálido”*, donde había cantado hasta la mismísima Verdaguer, pero que perdía fuste conforme pasaba la historia por su pasillo de tapiz rojo, por sus mamparas de madera alegre y labradas por sus cristalerías donde se adivinaba mucho más de lo que se veía. Ni una ocupación ni otras distrajerón del todo mi inquietud por aquella violenta persecución que el sino me había dado a presenciar.

Corín Zumaquero y yo nos entregábamos al juego de las caricias, espaciadas y largas, que morían con los arrebatos del gozo o con la desgana de aquellos que conocen sus cuerpos al dedillo y a veces no tienen interés en recorrerlos de nuevo. Languidecíamos entonces, como cuadros de Modigliani, como canciones de la Piaf, como una obra de Ionesco. Y deambulábamos por la casa tal que fuéramos personajes de una película a quienes no se les hubiera escrito el guión. Sin saber qué hacer. Sin destino. Y, también a veces, sin pasado.

Hará para tres meses, un sábado de octubre, nos pusimos gruñones a costa de un medio novio que tuvo Corín cuando yo la engatusaba con ese viejo camelo que es el amor y su célebre cheque sin fondos. Así que montó en cólera, mentándome las castas y los modos, bajó las escaleras hasta refugiarse en la biblioteca, dando testarazo a la puerta y sordina a mis ocurrencias, que seguían embromándola, entre mentis y veras, a grito limpio desde el altílo. Mi orgullo fue a verla, un buen rato más tarde, y golpeé el portalón que protegía al cuarto, pero no respondió nadie. Se había dormido ella -entre llorosa y airada- sobre una butaca de cuero, en la que mi padre leyó todo aquello que la muerte le acabó borrando de las entendederas. Corín Zumaquero era larga, esbelta y seguía desnuda. Entre sus piernas torneadas y amables, guindaba un libraco antiguo, que tomé en mi regazo.

antes de tajarla con un cobertor. En las estanterías de la derecha quedaba un hueco exacto para aquellas cubiertas de cartoné que intitulaban *"El hombre estúpido"*, de Charles Richet. Justo al cabo de los doce tomos de la *Biografía Universal Compendiada* de la imprenta Verdaguer y una terracota de Sancho Panza que lo mismo hacía de sujetalibros que de pisapapeles.

Ojeé los lomos dispersos por los estantes, la *"Historia Eclesiástica General"* de 1792, trece ejemplares impresos por Benito Cano; *"El Evangelio en Triunfo"*, sin autor conocido, pero también el *"Diccionario de los Ateos"*, de Sylvain Marechal; el *"Ideario Sindicalista"*, de Sorel; los *"Recuerdos de Lenin"*, evocados por Kruspuskaia y la Biblia en vulgata latina, anotada y traducida por el padre Felipe Scio de San Miguel. Otros nombres había, mediada la frontera que ocupaban los seis volúmenes de la *"Novísima Recopilación de las Leyes de España"* que Julián Viana Razola había reunido en 1829: Enrico Malatesta, Araquistain, Baldomero Argente, Emilio Carrere y el príncipe Pedro Kropotkin. Seguía la hemeroteca, los sobrios ejemplares encuadernados de *"La Tarde"*, periódico independiente de información telegráfica y de anuncios que Hipólito Sancho Lobo editó en 1923; y ejemplares sueltos de *"La Revista Escolar"*, *"La aspiración española"*, *"El Comercio"* -revista semanal de anuncios y noticias-, *"El Regional"* -órgano de las sociedades cruzadas que se definía como periódico de propaganda científico, literario y de anuncios-. Pero desde chico, siempre me gustó echar un vistazo al compendio de periódicos y gacetas sueltas que reunía cabeceras de la más varia utopía y condición, *"El diablo predicador"*, *"La Abeja"*, *"Cantaclaro"* y *"El Lábaro Hispano"*, *"La ley vindicada o el azote de los serviles"* de 1822, *"La Antorcha"* o *"El Atlante"*. Me distraje en sus sueltos, de lenguaje bizarro y letra diminuta, paseé por sus láminas y me sonreí con sus anuncios pasados de fecha. Volví a dejarlo en su sitio y cogí el libro siguiente, como sin darme cuenta, contemplando a Corín, que seguía dormida sobre la butaca; como ausente, yo, al comprender que la costumbre de tratar con una persona acaba por quitarle magia a su belleza; y desprevenido por el mal pronto que siempre me infundían las discusiones: uno dice lo que quiere decir, pero no es bueno decirlo ni como se dice.

Pues andaba desvelado y sin porfiar mi sueño, llevé esa otra encuadernación hasta una mesa de lectura cuya madera noble no se dejaba vencer por la falta de uso y el polvo que regalaba el tiempo al visitarla. Encendí un pitillo y levanté por fin las tapas del tomo que guarecían su rancho de ocres holandesas. Resultó ser la colección del periódico *"La Razón"*, un boletín republicano que se editó en aquel pago, allá por la mitad del siglo XIX. Como el pasado resulta algo que ya se ha vivido, me embébi en aquellas páginas, recelando que como la historia siempre sucede dos veces y que poco nuevo ocurre bajo el sol, podría rastrear en lo que ya ha ocurrido algún signo que me alertase quizás sobre lo porvenir.

Supe así de un alcalde masón, apaleado por los pueblerinos de un regimiento carlista que llegó huyendo a uña de caballo, pasando por las armas a notables y a tenderos; de la opinión de "Prometeo español" sobre la dinastía decadente que regentaba el país y amaestraba a sus caciques en cada partido judicial; de la nevada de 1865, que secó la cosecha y mató a mansalva de frío y de hambre; o de los aperreos del Círculo de Ganaderos cuando los bandidos se hicieron cuatrerros porque los miguelotes protegían las diligencias. Al cabo de breves bostezos y legañas, se me fue la vista, a medio trecho, hacia un suelto fechado en La Barca de Florián, allá por el mes de marzo de 1879. El gacetillero relataba las peripecias de un orate huído del asilo de Luzón, que dio muerte a dos granjeros y que violentó a una niña. Protegido por la sierra, eludió a la justicia, hasta ser descalabrado en su correría, por los lugañeros y por un batallón de guardias.

Ni cupe en sorpresa ni limité aspaviento, aun para mi caletre, pues la historia, que duda cabía, redoblabla aquella vez como eco o campana. En el penúltimo párrafo, descubrí que aquel perillán de mala muerte también se había llamado Martín Bruno.

Corín se marchó aunque he vuelto a verla, sin sombra ya de furia ni de enfado; volvimos a las citas ocasionales, al tuntún de lo que cada tarde o temporada apeteciera, aparentando en cada mes transcurrido que nunca fui testigo de aquella muerte oscura y descabellada, o en cada beso, que todo aquello se parecía al amor. Hasta el punto de que el viernes me llamó por teléfono y me invitó a su casa, para apalabrar la boda. El sábado por la mañana, yo estaba ya en camino, saludé a sus padres -él, rico y ronco; ella, canosa y charlatana-, cenamos de etiqueta en el merendero que cierra el jardín y, a los brindis, fijamos compromiso y dichos para comienzos del próximo junio. Regresé, al día siguiente, otra vez por la vieja carretera. Con el ánimo de eludir el tráfico implacable, eso me dije.

*“El pez espada”* seguía gobernando aquel confín sombrío al que llevaba ese camino de todos los demonios. Fue casual, pensé, que hiciera un año justo de la batida, cuando abrí de par en par las puertas de la posada. Encontré la misma escena y hasta los mismos rostros, aunque amarillearan -también barrunté, templando el ánimo y serenando las mientes-, porque el tiempo no pasa en balde. La desconfianza hizo bajar la voz a la legión de escopeteros que aprestaban sus cartucheras, sogas y polainas, apaciguando a los perros de presa y apurando el bronco calor de las bebidas.

-“Esta noche, no hay camas”, tronó Jeremías González.

“¿Otra vez Martín Bruno?”, iba a preguntarle, haciéndome el longuís, con un deje de sorna y de sospecha, cuando Mal Fario descendió de una de las cámaras, con un machete en la mano y la muerte en la cara.

-“Lo suyo es mala suerte, amigo -explicó-. Precisamente ahora, estábamos reinando en ello”.

Se le escapó la guasa y la carcajada grosera a un pillo mellado, que iba cargado de trampas: “Nos viene usted de órdago”.

Un grandullón que tapaba su ojo con un parche jugueteó entre sus manos con una barra de hierro.

“Y es que nos faltaba -saltó Jeremías, alumbrando su pipa, como cada año- un forastero al que husmearle el rumbo durante las fiestas patronales”.

Lo razonó Mal Fario: “Verá que amamos las tradiciones. Que somos gente de ley. Muy conservadora y de buenas costumbres”.